

la que venga a facilitar o hacer posible la resurrección nacional. Pero en la historia de todos los pueblos hay estancamientos semejantes a éste, y es certero asegurar que al desplomarse la tiranía, amanecerán días de democracia verdadera para aquella república, si no es que la degradación producida por tantos años de dictadura hace ya imposible todo empeño libertador.

Como sucede en estos casos, los postreros días del tirano, cuya sangre envenenada hierve con furiosos satánicos, están colmando la medida de todos los horrores. Es inútil que relatemos los episodios que recientemente han llegado a nuestro conocimiento; baste decir que un estudiante, de apellido Castillo, por haber dirigido una carta a los obreros del ferrocarril inglés de Caracas a la Guayra, excitándolos a formar una agrupación para defender sus derechos de trabajadores, carta que fué entregada por el gerente de la empresa al jefe de policía de Caracas, ha sido sometido a las más crueles torturas, hasta sucumbir en un calabozo de Caracas. Pero es inútil insistir sobre los crímenes de Gómez; ya no hay lugar de la América Latina en donde no repercuta con profunda tristeza la situación del pueblo venezolano, y en donde no se levanten brazos airados para anatematizar al déspota, único superviviente en estas repúblicas.

Como es natural, la prensa venal de Gómez, única que existe en Venezuela, protesta furibunda contra quienes descubren los crímenes del tirano y contra quienes lo anatematizan. Esta rabia de los periodistas de presa de Gómez, es el mejor blasón que pueden ostentar los extranjeros que, con ánimo generoso, se preocupan por la situación de Venezuela. Esa prensa asalariada ha hecho blanco de sus iras trasnochadamente, al Licenciado Vasconcelos, la más alta representación del hispano-americanismo noble y comprensivo de sus deberes. Es indudable que esa prensa tendrá que insultar también a los Presidentes de los Comités Latino-americanos que han denunciado los crímenes de Gómez en el acto de la inauguración de la estatua de Bolívar en Washington; y a casi toda la prensa sensata de Hispano-América, que a una voz ha tomado a su cargo la causa de la libertad escarnecida y crucificada por el hombre cavernario que gobierna a Venezuela, vertiendo sobre ella todos los espantos de sus pesadillas de sangre, desde su lecho desahuciado de la vida.

Es una gran lástima, como decía un gran diario mexicano hace poco, que estos pueblos carezcan todavía de un sentido de justicia práctico, y dejen morir en los placeres dorados del extranjero, o en la irrisión de un lecho

rodeado de adulaciones y reverencias, a esos usurpadores nefastos, que una oleada de fatalidad ha llevado al poder, y que usan de él para luto y dolor

de la patria y para vergüenza de la humanidad.

(El Herald de México. México D. F.)

LA PALABRA DE CASO

Por E. E.

Un vocero de la civilización hispano-americana.

BRAVO, vehemente y a un tiempo mismo ponderado, Antonio Caso, el magnífico Embajador que en hora feliz enviara México para nuestro centenario, es un representante genuino y eficazísimo del vigor y la valía nunca desmentidos del pueblo del Anahuac. No caben en una simple nota los lineamientos generales de su figura moral e intelectual. Limitémonos, pues, a dejar simplemente un reflejo de la impresión causada en nuestro espíritu por sus palabras, llenas de intenso fervor y de singular vivacidad.

Este moderno Sócrates, mitad azteca y mitad español—que tiene la fealdad sugestiva y simpática del griego semi-divino y del semi-divino Beethoven—alcanza, antes que todo y sobre todo con la voz, los milagros del entusiasmo. Caso es un gran entusiasta. Tal vez sea éste el secreto del éxito irresistible de su oratoria. Más que en el vigor de su cerebro, más que en la riqueza de su mentalidad, más que en la solidez de su lógica y más que en la fluidez de su verbo, la razón de su rápida influencia sobre el auditorio está en la sinceridad y hondura de su fe. Caso es todo lo contrario de los hombres de poca fe que el Evangelio fustiga. Caso es un hombre de mucha fe y de mucha esperanza. Y une a estas virtudes fundamentales del *ciudadano del mundo*—tipo que hoy a ojos vistas está formándose—el bálsamo espiritual y prodigioso de la caridad. Cuando este gran mexicano habla, todas sus frases, por breves que sean, tienen perspectivas y—digámoslo así—aureolas de esperanza... Caso poseyendo, como posee, una personalidad fuertísima (*«formidable»* ha sido el término que se ha impuesto para calificarlo), difunde de tal modo la energía de su egoísmo en múltiples amores y devociones generosas de las de más aquilatao valor, que, en último término, se comprende que en él se cumple maravillosamente el mandamiento cristiano por excelencia: «ama a tu prójimo como a ti mismo», pero sin que quepa aplicarle la humorada nietzscheana que dice:... «pero no es bueno amarse demasiado a sí mismo»...

Si espiritualmente las palabras de

Caso corresponden a una realidad temperamental e ideológica que se nota vivísima en él, por la sinceridad y el calor con que las pronuncia, políticamente y socialmente el carácter de su propaganda es óptimo. Alguien, salvando (con un inocente y trivial punto de suficiencia y penetración crítica) la ponderación de su criterio, ha dicho que Caso no es un orador tan extraordinario como podía juzgarse por el éxito verdaderamente excepcional de sus discursos. He aquí como la excesiva cautela puede resultar imprudente. El crítico aludido queriendo aparentar penetración y sindéresis, al juzgar a Caso ha demostrado tan sólo su petulancia y su superficialidad. Los que franca y llanamente nos hemos entusiasmado en la oratoria del maestro mexicano tenemos en nuestro abono el valor de la sinceridad; y los que además de eso son capaces de razonar y explicar los motivos de su simpatía y su entusiasmo por un hombre que se presenta como ardoroso y convencido propugnador de los ideales hispano-americanos de más positiva trascendencia y de más arrebatadora belleza, esos están muy por encima de las ladinas reservas de la crítica. Caso con las pocas palabras que ha pronunciado en Lima en sus breves discursos, además de dejar una huella fecunda en el espíritu sus oyentes, huella que será como el surco abierto a las semillas de la moral civil moderna en corazones vírgenes de ese cultivo; además de eso, decimos, ha demostrado manejar y dominar magistralmente—dicho sea sin hipérbole—los tópicos del gran espíritu (ya hoy patente y actual en muchas manifestaciones de nuestra cultura) en que ha de basarse la civilización original de nuestros pueblos: los tópicos inherentes del gran espíritu moderno de hispano-americanidad. Y no decimos hispano-americanismo, ni tampoco *panhispano-americanismo*, como querría Caso siguiendo orientaciones de probable origen germanófilo porque, así como la idea, se ha desvirtuado la palabra, y hay que crear otra que responda a la realidad de nuestros anhelos y a la verdad viva en nuestro pensamiento y en nuestra alma.

(Mercurio Peruano. Lima).